CAPITULO XLVII.

El espía de Venecia.

Antes de proseguir adelante con mi historia me parece oportuno poner en conocimiento del lector ciertos detalles de que no habia hablado hasta ahora y los cuales no dejan de ser interesantes.

Despues de la defensa de Roma, yo que nunca desesperaba de la suerte de mi país, resolví ponerme en campaña aunque solo me seguian algunos compañeros, pero no reflexioné que un puñado de valientes no es bastante para alcanzar la libertad de una nacion ni podria tampoco resistir á un ejército tan numeroso como bien disciplinado.

Cierto es que en la actualidad hay muchos jóvenes que se convierten en héroes, pero en la desgraciada época á que yo me refiero, el pueblo se limitaba á contemplar con asombro á los defensores de Roma, considerándolos como perdidos. Ni un solo hombre iba á unirse con nosotros, y muy léjos de esto, todos los dias encontrábamos las armas de los que habian desertado la noche

anterior, armas que se iban poniendo en los carros con la esperanza de que se presentáran nuevos compañeros que supieran hacer uso de ellas en defensa de su país, pero poco á poco, hubimos de renunciar á nuestros proyectos.

Al llegar á San Marino, viendo que no habia esperanzas de empeñar la lucha ni tampoco valor para ello, me ví en la precision de licenciar á los pocos soldados que me seguian, y por lo tanto espedí mi última órden del dia que estaba concebida en los términos siguientes: «Volved á vuestras casas, pero recordad que Italia no debe permanecer siempre reducida á la esclavitud.»

Casi todos mis compañeros se marcharon á sus casas, pero algunos desertores de las tropas del Papa y del ejército austríaco, á quienes se hubiera fusilado irremisiblemente en el caso de ser cojidos, prefirieron quedarse conmigo y seguirme á Venecia.

Y aquí empieza otra historia mas triste aun.

Anita, mi inseparable compañera, no quiso separarse de mí en aquellas tristes circunstancias, é inútil fué cuanto la dije para persuadirla á que se quedára en San Marino; aunque su salud era muy delicada, y grande su debilidad, mis argumentos no bastaron para convencerla, pues la valerosa mujer me contestaba siempre sonriendo que no era justo que yo la abandonase.

Cercado por las tropas austríacas, y perseguido de cerca por la policía del Papa, pude sin embargo burlar con mis compañeros la vigilancia de unos y otros durante toda una noche, y á la una de la madrugada llegué á las puertas de Cesenatico, custodiadas por un destacamento austríaco.

Sin vacilar un momento, ordené á mis hombres que atacáran resueltamente, y poco despues quedó desarmado el destacamento antes que los soldados pudieran volver de su sorpresa.

Acto contínuo se avisó á las autoridades á fin de que facilitáran algunos víveres y varios botes para que pudieran embarcarse los voluntarios.

No puedo menos de confesar que la suerte me ha favorecido en muchas atrevidas empresas, pero en la época á que me refiero, comenzaron para mí las desgracias y las contrariedades.

Cuando la autoridad nos hubo facilitado las embarcaciones, observamos que una densa niebla cubria el Adriático; poco despues comenzó á soplar un fuerte viento que levantó las olas como si hubiera estallado una furiosa tempestad, y como si esto no fuera bastante, era tan estrecha la embocadura del puerto de Cesenatico, que apesar de los esfuerzos que se hicieron, no conseguimos salir de aquel hasta el amanecer, hora en que ya se habia dado la alarma y acababan de llegar á la plaza numerosas tropas austríacas.

Aprovechando el viento, que era favorable, cuatro de las barcas, en una de las cuales iba yo con Anita, Cicernachio, mis dos hijos, y Hugo-Bassi, pudieron llegar á Foci del Pó, en cuyo punto desembarcamos, pero las restantes, que eran nueve, hubieron de rendirse á los austríacos no pudiendo resistir mis compañeros el nutrido fuego que se les hacia.

En el punto donde acabamos de desembarcar hormigueaban los espías del enemigo, que andaban en busca de los fugitivos, y por lo tanto me ví en la precision de ocultarme en un campo de trigo con mi pobre Anita, que estaba muy mala. Leggiero, un valeroso oficial, de la isla Magdalena, que me habia acompañado á la América del Sur, y vuelto conmigo á Italia, era nuestro único compañero, y él fué quien descubrió primeramente á los numerosos enemigos que nos perseguian.

Cicernachio, Bassi, y otros nueve, que por consejo nuestro habian seguido distinta direccion para ver si podian escapar, fueron cogidos y fusilados como perros por los austríacos. El mas jóven de ellos, hijo de un Tribuno romano, y que tenia solo trece años, no quedó muerto á la primera descarga, pero entonces un soldado se acercó á él y le remató á culatazos.

Bassi y su hermano Ciceruachio fueron fusilados en Bolonia.

Los mercenarios estranjeros y los curas celebraron aquella hecatombe sin reconocer que acababa de verterse la mas preciosa sangre italiana, y el Santo Padre de Roma subió á su trono sin pensar que iban á servirle de escalon los cadáveres de sus compatriotas.

El recuerdo de aquel acto de ferocidad debe vivir eternamente en la memoria de los italianos, y servirles de estímulo para no consentir que la ciudad eterna siga siendo la presa del estranjero y un foco de corrupcion.

Tan pronto como los enemigos se hubieron alejado lo suficiente para que pudieramos salir de nuestro escondite, cogí en brazos á mi pobre esposa que ya estaba moribunda, y seguido de mi fiel amigo Leggiero, me encaminé hácia las lagunas del Pó inferior, cerca de las cuales exhaló el último aliento mi querida Anita. Esta nueva desgracia me hizo verter lágrimas de desesperacion; con el corazon destrozado por el dolor, dí sepultura á los inanimados restos de mi fiel compañera, víctima de su abnegacion y de su cariño, y cumplido este último deber, me interné con mi amigo por bosques y montañas, por las cuales no dejarian tambien de perseguirnos los agentes del Papa y de Austria.

Sin embargo, por aquella vez me salvé; aun tenia que luchar con nuevos peligros, pero entre ellos, tambien me estaba reservado algun triunfo.

Los tiranos de Italia me vieron de nuevo en campaña, y pude volver á perseguirles del mismo modo que lo habian hecho ellos cuando me obligaron á recorrer una senda cubierta de lágrimas y de sangre.

Conocidos estos detalles, reanudaré aquí el hilo de mi interrumpida narracion, trasladándome con el lector á Venecia, la ma-

gestuosa reina del Adriático, la ciudad donde esperaba alcanzar la libertad tanto tiempo soñada por mí.

Son las once de la noche; los canales de Venecia están cubiertos de góndolas y en la Plaza de San Márcos, completamente iluminada, es tan numerosa la concurrencia que apenas se puede dar un paso.

Desde el balcon del palacio Zecchini, acabo de saludar á la multitud, que me contesta con entusiastas aclamaciones.

El aspecto que ofrecia la plaza en aquellos momentos era por demás animado, pero aun en medio de aquella alegría general, parecia que dominaba allí el espíritu del despotismo, y me asaltaron las mas tristes reflexiones al pensar que la ciudad que siempre se habia titulado la hija de Roma, podia considerarse como deshonrada y humillada desde que mi país se veia dominado por la funesta influencia de los prelados y de los estranjeros.

Apesar de lo que me distraia contemplar la animacion del pueblo, no dejaba de examinar detenidamente á muchas de las personas que se habian mezclado entre la multitud, pues á los sesenta años de una vida tan aventurera como la mia, yo, el hombre del pueblo, me consideraba con la suficiente perspicacia para reconocer á los ladrones, á los asesinos y á los espías, que seguramente pululaban entre los honrados ciudadanos que habian acudido á la plaza para dirigirme un amistoso saludo.

Cuando mas ocupado me hallaba en mi exámen, sentí que me tocaban lijeramente en el hombro, y al volverme ví á mi amigo Attilio que me alargaba la mano afectuosamente.

—Os veo muy distraido, general, dijo el jóven romano, pero este es el momento mas oportuno para haceros una observacion que puede interesarnos. ¿Veis desde aquí ese hombre que lleva una

gorra veneciana, y que medio oculto por un grupo de tres ciudadanos dirige su vista á este balcon?

—Sí, contesté yo despues de observar un momento.

—Pues bien, sabed que ese es un emisario de Roma, y seguramente se está preparando alguna cosa para nosotros; ese hombre es Cencio, y será preciso que yo le vigile de cerca.

Nuestros lectores se acordarán sin duda del agente del cardenal Procorpio, para el cual alquiló Gianni una habitacion frente al estudio de Manlio, y ahora debemos decirles que despues de la muerte del prelado, el tal Cencio fué nombrado agente principal de su Eminencia el cardenal X..., primer ministro del Papa.

Cencio, primeramente liberal y despues traidor, se habia aprovechado de sus relaciones con algunos demócratas de Roma, y merced á sus intrigas obtuvo el cargo á que aspiraba. Mas adelante diremos cuál era su mision en Venecia, y entretanto nos trasladaremos con el lector á uno de los salones del palacio Zecchini donde habia una brillante concurrencia entre la que se distinguian nuestras tres heroinas Irene, Julia y Clélia.

Los jóvenes venecianos, aunque acostumbrados á contemplar la hermosura de las hijas de la reina del Adriático, quedaron admirados no obstante al ver la singular belleza de aquellas tres damas romanas, y digo tres, porque Julia era ya esposa de Muzio, y aunque entusiasta por su país, no dejaba de enorgullecerla su nueva pátria, y apreciaba en mucho titularse romana.

Irene tenia mas edad que sus compañeras, pero en cambio er tan magestuosa su presencia, tan esbelta y bien formada, que no se reconocia la diferencia de años.

El matrimonio no habia alterado en lo mas mínimo la hermosura de sus compañeras, y las tres formaban un grupo que escitaba la admiracion de todos los hombres allí presentes. Al lado de Clélia veíase á Manlio con su esposa Silvia, de modo que de todas

nuestras amigas solo faltaba Aurelia, la cual, despues de casada con el capitan Thompson, no habia querido separarse de él, tanto menos cuanto que ya no le molestaba la navegacion y tenia á su lado quien la defendiese en caso de peligro.

Horacio y Muzio conversaban en un estremo del salon acerca de los asuntos del dia, pero habiendoseles acercado Attilio para decirles que habia visto en la plaza á Cencio, salieron todos tres despues de hablar algunas palabras en voz baja.

A los pocos momentos oí que el pueblo me llamaba al balcon, y cuando empezaba á dirigirle la palabra, ví á mis tres amigos que haciendo heróicos esfuerzos para atravesar entre la multitud, consiguieron al fin rodear al falso veneciano.

La nervuda mano de Horacio cayó de improviso sobre el brazo del agente, y entretanto Muzio se acercó por el otro lado y le dijo:

—Cencio, es preciso que nos sigais inmediatamente.

Al oir esto, el espía comenzó á temblar de piés á cabeza, cubrióse su semblante de una palidez mortal, y sin articular una palabra siguió á Muzio, escoltado por Horacio y Attilio.

CAPÍTULO XLVIII.

La sentencia de muerte.

Los Papas, que se titulan los vicarios de Cristo, son los que han instituido la inquisicion, los que han enseñado al mundo el arte de aplicar el tormento y los que han decretado los autos de fé. En una época no muy lejana, muchas naciones han tenido la desgracia de sufrir las consecuencias de tantas iniquidades, y en España, por ejemplo, pasaron muchos siglos antes de que el pueblo sacudiera el yugo de los atormentadores de Roma. Aun hoy dia, el representante de Cristo en el Vaticano, ejerce sus sanguinarias venganzas de varios modos, recurriendo ya á la daga, ya al puñal, ó bien al brigandaje.

En el tribunal de Roma se habia dictado hacia mucho tiempo, sentencia de muerte contra el príncipe T..., hermano de Irene, y con este motivo, ordenóse á Cencio que se encargara de la ejecucion del terrible decreto, para lo cual debian ponerse á sus órdenes ocho asesinos, que aprovechándose del tumulto ocasionado por mi llegada á Venecia, podrian llevar á cabo su crímen. Los